

LA FRONTERA COLOMBO-VENEZOLANA: UN LINDERO PROBLEMÁTICO*

Armando Borrero Mansilla

* Capítulo de libro resultado del proyecto de investigación “Nuevas Amenazas en el siglo XXI: Fronteras y Derechos Humanos”, de la línea de investigación “Políticas y modelos de seguridad y defensa” del grupo de investigación “Centro de Gravedad”, reconocido y categorizado en (A1) por COLCIENCIAS, registrado con el código COL0104976, vinculado al Centro de Estudios Estratégicos en Seguridad y Defensa Nacionales -CSEDN-, adscrito y financiado por la Escuela Superior de Guerra “General Rafael Reyes Prieto”, Colombia.

Resumen

Las amenazas a la seguridad nacional en la frontera colombo-venezolana tienen una historia larga y tortuosa, tan larga como los conflictos internos colombianos y tan cambiante como las alternativas de los desbalances económicos que estimulan el contrabando. Este último factor no es per se, una amenaza necesariamente grave, sino un estímulo para la intromisión de grupos de delincuencia organizada en el control de los intercambios ilegales para configurar amenazas, tanto más graves, cuanto mayor sea el botín por controlar.

En los últimos tiempos, los contrabandos de sustancias psicoactivas, combustibles, el tráfico de armas y de personas, han sido motores de una escalada preocupante de las bandas armadas al servicio de la delincuencia internacional. La presencia de las guerrillas colombianas y el hecho de delinquir en ambos territorios introduce un factor de disturbio permanente durante décadas. Como telón de fondo, los desencuentros de los Estados vecinos han agravado la situación, porque no permiten acuerdos para la cooperación en la lucha contra las amenazas presentes. La segunda causa de preocupación se deriva precisamente de las malas relaciones entre los Estados vecinos y por esta causa, Colombia enfrenta una amenaza externa. Por improbable que sea un conflicto internacional, no deja de ser una amenaza latente sujeta a la influencia de incidentes y coyunturas conflictivas que puedan quedar, eventualmente, fuera de control.

La larga historia de una frontera viva, con intercambios sociales, culturales y económicos desde la época colonial; historia que ha sido factor de buena vecindad en el pasado, puede ser hoy factor de agravamiento de los conflictos, al hacerlos tan intensos como han sido las relaciones inter-fronterizas.

Palabras clave

Guerrilla, Narcotráfico, Fronteras, Ilegalidad, Territorios, Estado.

Abstract

National security threats at the Colombian – Venezuelan border have a long and burdensome history, long as the Colombian internal conflict itself, and rapidly changing as the alternatives to the economic disbalances

stimulating illegal economic activities such as smuggling. This last factor is not a serious menace per se, instead it is an economic incentive for criminal organizations to control illegal market exchanges which, in turn, helps them to configure even largest threats boosted by the loot they aim to control.

In recent times, unlawful exchanges of banned commodities such as psychoactive substances, fuel, guns, and people, have contributed to a rising escalation in the number of armed groups working for international criminal organizations. The presence of Colombian guerrillas, conducting criminal activities in both sides of the border introduce a condition of permanent turmoil. Furthermore, as background, the conflictive relation between the two countries have had serious consequences as cooperation agreement to face these threats have been difficult to reach.

The second reason to worry derives from the bad relations between these neighboring countries and, for this reason, Colombia faces an external threat. As improbable as it may sound an international conflict, it remains a present threat related to a conflictive context which can, eventually, end up being out of control.

The long history of a lively border, characterized since the Colonial times by social, cultural, and economic exchanges, elements which have contributed to build good neighboring relations in the past, can be today a serious factor in the escalation of current conflict, making as intense as it was the previous inter-border relations.

Keywords

Guerrilla, Drug Trafficking, Borders, Illegality, Territories, State.

Introducción

La frontera terrestre más larga de Colombia se comparte con Venezuela, se trata de unos límites muy variados en términos geográficos, demográficos y culturales. Siempre, desde la colonia española, ha tenido la característica de ser una frontera viva. Los contactos sociales son profundos y de modalidades diversas según los tramos, muy bien delimitados por la geografía, la economía y las subculturas regionales de uno y otro país.

En la geografía se distinguen claramente tres tramos diferentes: Uno muy corto de la llanura caribe en el que se encuentran los territorios semidesérticos de La Guajira en la parte occidental, con la depresión marabina en la parte oriental. Un segundo tramo, el andino más largo que el anterior que va desde las últimas estribaciones de la serranía de Perijá en La Guajira hasta los llanos orientales, en Arauca; tramo marcado por la cordillera oriental colombiana y valles adyacentes, a uno y otro lado de la axila geográfica producida por la bifurcación del norte de la cordillera oriental en dos ramales, de manera que el ramal del sur penetra en Venezuela. El tercer tramo corresponde a la Orinoquía, con un breve tramo amazónico en el Guainía, marcado por grandes ríos de la cuenca del Orinoco, como el Arauca, el Meta, el propio Orinoco como límite, y en el extremo sur, el Atabapo y el Guainía o Río Negro en la triple frontera de Colombia, Venezuela y Brasil.

En lo económico, social y cultural, como ya se comentó, las interrelaciones son vehementes. En el norte se presenta el caso de una etnia indígena, los Wayuu (de la familia arawak) que vive a uno y otro lado de la frontera con una identidad muy marcada de comunidad originaria que no se refiere a las identidades nacionales. En la zona andina se dan

dos situaciones diferentes: la serranía de Perijá es sumamente escarpada y no permite mayores contactos. Los valles del Catatumbo, el Zulia, el Pamplonita y el Táchira, en cambio, sirven de punto de encuentro de las poblaciones desde la época misma de la conquista española en el siglo XVI. Allí convergen los andinos venezolanos con los santandereanos colombianos. Entre el Norte de Santander y el Táchira, las relaciones familiares, las actividades económicas canalizadas por la única salida al mar hasta el siglo XX, la ruta comercial fluvial hasta Maracaibo contribuyeron en el pasado a la formación de lo que en esa frontera se denomina como “el tercer país”. Antes de la integración más completa de estas regiones a sus respectivos centros nacionales, las relaciones sociales saltaban las fronteras. Desde Mérida hasta Pamplona y por 4 siglos, la homogeneidad fue notable.

Algo similar ocurre en los llanos orientales: hay, además de las identidades nacionales, una identidad común, muy notoria en las manifestaciones culturales de los llaneros. En el conjunto de los departamentos colombianos del Meta, Casanare, Arauca y Vichada, con el conjunto homólogo de Barinas, Apure, Portuguesa, Cojedes y Guárico, los habitantes se reconocen como “llaneros”.

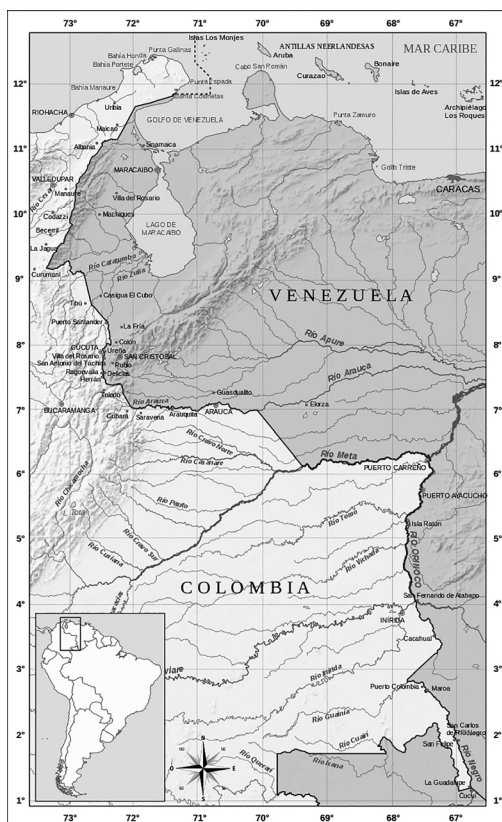
La deducción del carácter vivo de la frontera la convierte en un fenómeno social destacable en América del Sur. El mismo fenómeno que puede ser visto como positivo para la integración binacional, en otro sentido, favorecedor de la concentración de violencias y transnacionalización de actividades delictuales organizadas de alcance vasto. El conflicto armado colombiano se visualiza con resistencia en las fronteras y alteraciones económicas, como lo precios de los combustibles, estimulan actividades de contrabando y muchas formas de delincuencia asociada. El narcotráfico, tanto en los primeros eslabones de la cadena, los cultivos, como en los intermedios y finales, a saber, producción de base de coca, introducción de precursores químicos, refinación, comercialización y lavado de activos, ha encontrado en la frontera muchos estímulos para prosperar.

Los cultivos de coca en el Catatumbo y en los llanos, se juntan con los precursores más baratos en Venezuela y con las facilidades para el trasvase de capitales. Recientemente, la crisis humanitaria en Venezuela,

factor de migraciones masivas, se convierte en dinamizador de actividades ilegales de todo tipo, tales como tráfico de personas, contrabandos variados, tráfico de armas y extorsión por parte de grupos armados pertenecientes al narcotráfico y al contrabando de gasolina. De La Guajira hasta los llanos orientales, la frontera se ha convertido en una verdadera “corte de los milagros” plagada de crimen y vicio.

El conflicto armado se traslada a las fronteras, y la de Venezuela es la más atractiva por causa de la protección que el gobierno de Venezuela les prodiga a las guerrillas colombianas. La suma de ambientes criminales produce una sinergia que potencia los grupos criminales.

Figura1. Mapa de la frontera colombo-venezolana



Fuente: Shadow, F. (1 de marzo del 2011). Mapa de la frontera Colombia-Venezuela. [PNG]. Obtenido de <https://bit.ly/2WHJBlr>

1. La configuración de las amenazas

La frontera colombo-venezolana tiene como trasfondo de los problemas generadores de distintos tipos de amenazas, el contrabando. A lo largo de los siglos, desde la Colonia, el trasiego de productos de uno al otro lado, al margen de reglamentaciones, ha sido una constante. En el tramo norte, la península de La Guajira fue el punto de entrada de productos británicos y holandeses en la Colonia y en el primer siglo de la República. Después se “globalizó”. Toda suerte de tráfico ha marcado la vida económica de esa región. Riohacha, Maracaibo y las Antillas Holandesas, eran los polos de los tráfico. En la segunda mitad del siglo XX creció Maicao como una ciudad comercial basada en el contrabando. Hoy, el producto que ha rebasado las cuotas de rentabilidad de tráfico ilegal es la gasolina venezolana, en décadas anteriores la marihuana tuvo el primer lugar.

La práctica comercial ilegal ha conformado toda una subcultura muy arraigada en la sociedad. El contrabando se admite como una actividad socialmente aceptada, parte importante de la tradición regional. En ese cuadro valorativo, se entiende que se facilite el desarrollo de todo tipo de actividades ilegales.

En la región central de la línea fronteriza, la frontera entre el departamento colombiano del Norte de Santander y el Estado Táchira de Venezuela, el intercambio ha sido permanente, pero hasta el siglo XX era como parte constitutiva de una región común, unida por los lazos de familia muy apasionados entre los pueblos del Norte de Santander y sus vecinos del Táchira. La homogeneidad de la población es étnica y cultural.

En un mercado regional limitado, el contrabando era una especie de tráfico compensatorio según las ventajas comparativas de los productos entre uno y otro lado de la frontera. Los productos eran los típicos de una región cuya economía se fundaba en la agricultura y la ganadería. Los mismos eran parte de un mercado regional muy aislado de los centros de los respectivos estados, y no tenían connotaciones fuertes de ilegalidad: Cacao, ganado y café se transaban al vaivén de los precios y de las posiciones monetarias. La irregularidad se daba frente a las regu-

laciones aduaneras, pero el producto no era ilegal (como sí lo es el tráfico de estupefacientes).

Ya en la segunda mitad del siglo XX, el contrabando comenzó a adquirir perfiles más irregulares, en cuanto aparecieron prácticas de intercambio ilegal de mayor tamaño y fuera de los límites de actividad compensatoria entre mercados regionales tradicionales. El contrabando adquirió dinámicas “nacionales” para decirlo de manera aproximada. Primero el contrabando del café, que iba de Colombia a Venezuela, estimulado por el Pacto Mundial del Café. En los años 50 Venezuela tuvo dificultades para completar su cuota de café exportable y la ley de los vasos comunicantes hizo que el café se introdujera de contrabando desde el Norte de Santander hacia Venezuela. El precio mayor y la elusión de la “retención cafetera” un mecanismo colombiano para controlar la masa de divisas que ingresaba en épocas de dificultades cambiarias, hicieron de ese tráfico un forjador de fortunas entre la élite comercial de Cúcuta.

Más adelante, otro mecanismo del comercio exterior colombiano, un estímulo a las exportaciones que consistía en una devolución monetaria aplicada a los impuestos de los exportadores, estimuló la corrupción de las autoridades aduaneras que certificaban exportaciones ficticias para que el supuesto exportador pudiera obtener el beneficio de la reducción. Las modalidades utilizadas para darles apariencia de legales a estas exportaciones simuladas forman parte de la leyenda picaresca en la ciudad de Cúcuta. Para finales del siglo pasado ya había estructuras más o menos consolidadas de contrabando.

El volumen de intercambio aumentó con el contrabando de gasolina. La diferencia del precio se hizo cada vez mayor con el consiguiente estímulo para la demanda del combustible venezolano. La depreciación del bolívar ha llevado en la práctica a una gasolina casi gratuita en territorio venezolano y su venta en Colombia produce ganancias extraordinarias. El lado oscuro del asunto estriba en una organización de bandas criminales que intentan monopolizar por la fuerza, el ingreso y la distribución al detal. El botín es tan grande que ha implicado organizaciones armadas de alcance nacional, como se verá más adelante al caracterizar las amenazas a la seguridad.

Existe hoy un problema coyuntural que afecta profundamente las condiciones de manejo de los factores de disturbio en la frontera. Se trata del distanciamiento de los dos Estados por razones políticas, hasta el punto de no tener relaciones diplomáticas. La otra consecuencia es el estado crítico de la economía venezolana, que ha producido una gran emigración, donde la cuota mayor es la que llega, por causa de la proximidad y de la cercanía cultural a Colombia. En el momento la cifra de migrantes a Colombia se acerca al millón y medio de personas (R4V, 2019).

2. Las amenazas a la seguridad

El cuadro que se presenta en la actualidad es complejo y las amenazas tienen que ver con las relaciones entre los Estados, con la delincuencia organizada transnacional, con delincuencia menor propiciada por la ilegalidad reinante en la frontera, con la protección que Venezuela les brinda a grupos armados colombianos, el ELN (Ejército de liberación nacional) en primer lugar, y con la corrupción generalizada que producen los intercambios desregulados. Las amenazas se pueden discriminar de la siguiente manera:

La amenaza tradicional: el Estado Venezolano

Entre los Estados colombiano y venezolano se han dado situaciones de tensión a lo largo de la historia, pero siempre los desencuentros se han logrado manejar con sensatez por las vías diplomáticas. En la actualidad, y por razón de las diferencias políticas agudas entre los gobiernos, se especula sobre la posibilidad de un enfrentamiento bélico entre Colombia y Venezuela. Bien mirado el asunto, la hostilidad se ha manifestado con enfrentamientos diplomáticos y mediáticos. La posibilidad de una guerra no tiene muchos asideros, sin que sea descartable por motivos fuera de control; pero, se ve lejana una decisión racional en favor de esta alternativa. Venezuela no tiene como afrontar los costos de un conflicto convencional y Colombia nada tiene que ganar con una

aventura de esa complejidad, aparte de que tampoco, aunque tenga en este momento más recursos, no cuenta con la solvencia para pagar unos costos que pueden resultar imprevisibles. La vecindad obliga a pensar en consecuencias indeseables de largo plazo. Una enemistad histórica sería un peso insoportable, y mutuamente desventajosa, para dos sociedades nacionales que han tenido una vecindad tan fuerte como la establecida desde la conquista española.

La amenaza de un enfrentamiento entre Estados no es, sin embargo, descartable del todo. En una coyuntura prolongada de tensiones, un incidente fuera de control puede dar lugar a que se produzca lo que los polemólogos llaman “el incidente de efecto instantáneo”, desencadenador del fenómeno “bola de nieve” que lo haga causal de un conflicto generalizado.

El peligro de esta probabilidad estriba, no tanto en la magnitud del choque imprevisto, sino en la dificultad para aislarlo y manejarlo por canales diplomáticos, cuando los Estados tienen una comunicación indirecta y de una pésima calidad. Una situación hipotética se puede pensar a partir de un hecho histórico. ¿Qué hubiera sucedido en agosto de 1987, si se hubiera producido un intercambio de fuego entre navíos de las Armadas enfrentadas en el golfo de Coquivacoa o de Venezuela? En ese momento hubo comunicación e intervención de la comunidad internacional y los gobiernos no habían llegado a ordenar el uso de la fuerza. Pero la tensión hubiera podido llegar al uso de las armas y al consiguiente efecto de “bola de nieve”. Hoy la probabilidad sería mayor por lo anotado de la incomunicación y por ausencia de un mínimo de buena voluntad.

Hasta el momento se han presentado roces motivados por incursiones venezolanas y por los enfrentamientos con grupos delincuenciales, o entre otros por el control de los negocios. Un peligro mayor lo constituyen las guerrillas del ELN respaldadas por el gobierno venezolano, porque pueden generar situaciones de ataques continuados tolerados y apoyados por un gobierno hostil. Hasta ahora ha prevalecido la conciencia de que una intervención militar, aparte de la imprevisibilidad de los desarrollos y de las consecuencias de esta, no es el método más adecuado

para resolver la profunda crisis que vive Venezuela. Pero si prevalecen posiciones aventureras que favorezcan incidentes como el del paso y establecimiento de un campamento por parte de un destacamento del ejército venezolano en Arauca, se puede caer en dinámicas peligrosas para la paz regional.

La amenaza guerrillera

Hasta ahora la actividad del ELN ha sido fomentar su presencia en organizaciones sociales y en agencias estatales. Las actividades violentas se han concentrado en sabotajes y terrorismo. El secuestro y la extorsión han sido conductas sostenidas, pero han evadido el combate abierto. Esto puede cambiar si continúan fortaleciéndose con el reclutamiento de remanentes de las FARC-EP (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo) y con los recursos del narcotráfico y de la minería ilegal. El refugio venezolano les ha permitido controlar esos mismos negocios en áreas cada vez más amplias del territorio venezolano.

El ELN tiene presencia en todos los tramos de la frontera, pero hay dos zonas críticas: El Catatumbo en el Norte de Santander, que tiene frontera con el Estado del Zulia principalmente, más un pequeño sector con el Estado Táchira, y el departamento de Arauca donde el ELN tiene el mayor arraigo que ha conseguido en el país. Puede decirse que el ELN ha establecido una trama muy compleja de relaciones sociales. Esta trama abarca tradiciones familiares (puede haber familias de 3 generaciones guerrilleras), organizaciones comunales, agencias del Estado infiltradas, partidos políticos condicionados para poder actuar, empresas económicas y congregaciones religiosas.

Ya en los años 80, los gobiernos locales y el departamental, sólo podían actuar si hacían acuerdos de “gobernabilidad” con el ELN, que implicaban concesiones burocráticas y desvío de recursos presupuestales para la organización guerrillera. En Arauca, la amenaza debe ser combatida, tanto militar y políticamente, como en el plano cultural y social.

La amenaza de la delincuencia organizada

En la introducción quedó claro como los desequilibrios económicos generan dinámicas económico – sociales, que son terreno abonado para negocios ilegales. Dos ejemplos, en dos épocas distintas, son una demostración de esos vasos comunicantes. El café en los años 50 y 60 y la gasolina en los últimos tiempos.

Hace ya más de medio siglo se dio un desequilibrio en el negocio cafetero. Venezuela obtuvo una cuota de exportación, dentro del Pacto Mundial Cafetero, que no podía atender sin sacrificar el mercado interno. Eso generó una demanda que atendió el contrabando. El café producido en el Norte de Santander pasaba a Venezuela para completar la cuota de exportación. La misma demanda, hizo que el precio pagado en Venezuela fuera superior al del mercado colombiano. Grandes fortunas del pasado cucuteño tuvieron su origen en el contrabando del café.

Más cerca en el tiempo, está el contrabando de gasolina que opera en sentido contrario, de Venezuela para Colombia. Décadas atrás, en medio de la bonanza petrolera de los años 70 y 80 del siglo pasado, el gobierno venezolano adoptó una política populista, la de subsidiarle a sus ciudadanos, el consumo de gasolina para automotores. Establecer un subsidio puede ser fácil. Desmontarlo es difícil. A veces, imposible. Nadie quiere pagar los costos políticos de subir los precios. El desequilibrio con los precios del combustible en Colombia llegó a ser muy grande. Hoy la gasolina resulta ser un regalo, en la práctica, para la gente. Las ganancias de obtener una gasolina a precios ínfimos y venderla en Colombia con ganancias exorbitantes, han traído toda clase de desventuras para la seguridad ciudadana y ahora, para la seguridad nacional.

El contrabando de gasolina ha traído organizaciones mafiosas de otros sectores de la economía ilegal, como son las bandas criminales al servicio del narcotráfico y de otras actividades económicas ilegales. En la frontera operan o han operado, organizaciones como los Urabeños y los Rastrojos, los que a su vez compiten entre sí, y se enfrentan con armas para garantizar su permanencia en el negocio. Estas organizaciones

grandes, capturan las estructuras delincuenciales locales para ponerlas a su servicio. La frontera ha sido escenario de disputas entre las guerrillas y las organizaciones mafiosas, los distintos grupos, especialmente los “Rastrojos” y los “Urabeños”, se han trenzado en lucha sin cuartel por el control de los negocios ilegales.

La obra más completa sobre la situación fronteriza es la de Ariel Ávila quien documenta la presencia y la jerarquización de los grupos con poder para controlar sectores de la frontera. Queda claro cómo los Rastrojos llegaron a ser el grupo armado con más poder, por encima de las FARC-EP y del ELN, y también cómo la llegada de los “Urabeños” a la disputa se relaciona con la lucha entre los “Rastrojos” y antiguas estructuras del paramilitarismo de la costa, para controlar los negocios que antes monopolizaron la AUC (Autodefensas Unidas de Colombia). Los “Rastrojos” controlaron la frontera en La Guajira y en el área metropolitana de Cúcuta. Los “Urabeños” lograron avances significativos, no así en La Guajira. Cuentan con estructuras armadas en los Estados venezolanos de Zulia y Táchira. Se suma a los grupos mencionados el de las “Águilas Rojas” y estructuras mexicanas del narcotráfico, aliadas a los “Urabeños”. Estos grupos están en Táchira, de preferencia, y les disputan a los “Rastrojos” el control. (Ávila, 2012). Para completar el complejo contexto, la Guardia Nacional Bolivariana de Venezuela, cuenta con una larga tradición de prácticas corruptas, opera como una mafia que abastece el comercio ilegal transfronterizo.

3. Las guerrillas en territorio venezolano

Para mediados de la década de los ochenta ya las guerrillas, sobre todo la del ELN, recibían grandes aportes económicos entregados por las empresas nacionales y multinacionales que comenzaban la instalación del oleoducto Caño Limón — Coveñas en el municipio de Arauquita del departamento de Arauca, frontera con Venezuela, como fórmula para evitar que estas organizaciones armadas sabotearan el proyecto de transporte de crudo de petróleo hasta los puertos de Coveñas, ubicados en el departamento de Sucre en la costa Atlántica. (Ávila, 2012, p. 226)

La cita anterior permite una evocación de los años 80. En el Norte de Santander la gente decía, en los años finales de esa década, que la guerrilla llegó a ese departamento “como por entre un tubo”. El tubo del oleoducto Caño Limón-Coveñas. Y al tiempo, éste recuerdo lleva a otro: el papel jugado por la Manessman, empresa alemana que ha dado que hablar, en materia de conflictos, desde cuando en 1909 sus maniobras empresariales casi dan origen anticipado a la Primera Guerra Mundial: esta empresa estuvo detrás del famoso incidente de Agadir, que llevó al borde del enfrentamiento a Alemania con Francia y la Gran Bretaña.

¿Cuál fue la relación del “tubo” con la expansión guerrillera?, el ELN trabajaba afanosamente por reconstruirse después de los golpes recibidos en los años anteriores. El dinero que fluía desde la avioneta al servicio del controvertido agente alemán Werner Mauss y de los maletines de sus asistentes, le sirvió de tónico para revivir al ELN. La empresa alemana fiel a su tradición de pragmatismo amoral decidió pagar por la no voladura del oleoducto. La extorsión fue estimulada por el pago ilegal y el ELN resultó buen alumno. El oleoducto fue terminado y entró operación. Después ha sido atacado cientos de veces por el mismo ELN, pero la Manessman se salió con la suya. Las consecuencias se las dejaron de herencia a los colombianos.

La misma obra citada, considera que la recuperación económica de la guerrilla los estimuló para hacer incursiones en el otro lado de la frontera y para sacar provecho de la falta de control, y de unas fuerzas armadas venezolanas que no se mostraban muy dispuestas a combatir, ni tampoco contaban con experiencia en el combate contra fuerzas insurgentes organizadas como guerrillas. Debe anotarse que tanto las FARC-EP como el ELN, habían realizado secuestros de hacendados venezolanos en los Estados de Barinas y Apure, pero en los primeros hechos de esta naturaleza, las negociaciones para las liberaciones se habían efectuado en territorio colombiano y no había todavía presencia campamentaria en Venezuela.

En la situación posterior al fortalecimiento económico, comenzó el ELN a realizar acciones de mayor aliento y, por lo tanto, a chocar con las fuerzas de seguridad de Venezuela. Es un período que abarca desde

1986 hasta los finales del siglo XX. Uno de los momentos culminantes de esta etapa fue el ataque del ELN a un puesto militar de la Infantería de Marina venezolana en el sitio fronterizo de Cararabo, en la orilla norte del río Meta, en el tramo en el que sirve de límite entre el Vichada y Apure. En ese período aumentó el secuestro y la extorsión a los ganaderos, mayormente. Ante el agravamiento de la afectación venezolana por factores de violencia provenientes de Colombia y como consecuencia del conflicto interno, el gobierno venezolano debió fortalecer el control fronterizo.

En los meses finales del año 1987, fue creado en Venezuela el Comando Específico José Antonio Páez (CEJAP), una fuerza compuesta por unidades de todas las fuerzas armadas, con la misión de combatir a los grupos guerrilleros colombianos e impedir las incursiones en territorio venezolano. Para ese año, ya algunos grupos guerrilleros de las FARC-EP y del ELN, comenzaron a permanecer en los llanos venezolanos, especialmente en el Estado Apure, donde establecieron campamentos, inicialmente de paso, y luego, cada vez más permanentes.

La franja fronteriza cobró las características de las regiones afectadas por el conflicto armado, pero con la dificultad adicional de tener como actor implicado a otro Estado que sufría las consecuencias de los disturbios de la vecindad. En la obra de Ávila, se caracteriza este momento como de confluencia de controles y de operativos continuos. Textualmente:

En este momento la región se había convertido en un nuevo escenario de conflicto irregular, en la práctica una disputa por la permanencia y el territorio, que llevó al incremento de medidas arbitrarias e ilegales por todos los bandos en contienda, afectando gravemente a sus habitantes. Era común encontrar estrictos controles de entrada y salida de personas a ciertas zonas del departamento de Arauca en Colombia, así como a otros de los estados Barinas y Apure en Venezuela. Los exhaustivos operativos de identificación y control de alimentos por parte de las fuerzas venezolanas eran temidos. Se volvieron cotidianas las detenciones arbitrarias, las desapariciones de manera forzada y los homicidios selectivos, en donde en la mayoría de los casos las víctimas eran acusadas de servir de informantes a algún grupo. (Ávila, 2012, p. 227)

Este cuadro no se limitó a la frontera de los llanos. En los otros dos grandes tramos del lindero, el de La Guajira-Cesar frente al Zulia y el del Norte de Santander frente al Táchira, se presentó una oleada de secuestros y extorsiones favorecida por la dificultad de coordinar las medidas de control entre los dos Estados. El gobierno venezolano acusaba al colombiano de inacción y el gobierno colombiano se debatía en una de las crisis de violencia más graves de la historia: el terrorismo del narcotráfico, el crecimiento de las guerrillas aupadas por el auge económico de las economías ilegales y la inseguridad ciudadana generada por la delincuencia común en campos y ciudades. Todo era prioritario. Las violencias desbordaban al Estado y las fronteras no eran precisamente el lugar de mejor desempeño estatal.

Pronto, otro factor de disturbio pidió su puesto en el cuadro de violencias que presentaba la región. Ya desde los años sesenta, en La Guajira, el cultivo de marihuana había alimentado la primera ola del narcotráfico. En los setenta creció paulatinamente el narcotráfico y en los ochenta se desplegó con una agresividad inusitada. En las enmarañadas interacciones de los grupos ilegales se produjo la situación perfecta para dar origen al fenómeno paramilitar. Grupos sociales con poder afectados por la guerrilla, narcotraficantes convertidos en terratenientes que no estaban dispuestos a tolerar, ni la extorsión ni el secuestro, y en la otra orilla, guerrillas que encontraron en el narcotráfico una fuente de financiación poderosa. En ese caldo político social, nació el paramilitarismo. La disputa por los recursos de las economías ilegales llegó al máximo de intensidad. Los grupos paramilitares se lanzaron a controlar territorios, con los recursos del narcotráfico como motor de sus actividades y de su fortaleza.

En el año de 1994 se habló en el gobierno de la existencia de 350 hectáreas de cultivos de coca en el Catatumbo. En el año 2000 ya se constataba la existencia de 12.000 hectáreas y no faltaron voces que hablaban de muchísimo más superficie sembrada que las estadísticas oficiales no registraban. Sea cierto lo uno o lo otro, el crecimiento fue enorme. La razón del éxito cocalero está en varios factores: primero, el éxito de la erradicación lograda por las acciones que se ejecutaron en el marco del

Plan Colombia en el Putumayo. Luego, las ventajas comparativas de los cultivos del Catatumbo.

Las ventajas comparativas tienen que ver, unas con factores naturales y otras, con la llegada de Chávez al gobierno venezolano. La tolerancia con las guerrillas y con sus negocios, cobijó también al bando opuesto por razones diferentes pero ligadas al régimen. A los primeros por tolerancia y a los segundos por corrupción. A fines del siglo, llegaron los paramilitares de Mancuso al Catatumbo y lograron grandes avances en el control del negocio. El dominio se lo disputaron al frente 33 de las FARC-EP y a un grupo, inicialmente disidente del EPL (Ejército Popular de Liberación), bastante descompuesto en su conducta, más cerca de la delincuencia organizada, conocidos también como “Los Pelusos”.

El negocio ha tenido de su lado la geografía. La frontera es una línea geodésica en un largo tramo desde el Río de Oro hasta el Zulia. Es una frontera porosa y al otro lado se encuentran dos insumos básicos para el primer proceso, que es la producción de base de coca para su posterior refinación, a precios muy bajos: la gasolina, prácticamente regalada en Venezuela y el cemento más barato que el colombiano. Además, la región, a diferencia del sur, es rica en calizas y hay explotaciones artesanales de cal en abundancia.

No paran ahí las ventajas. El lavado de divisas y activos encontró en la corrupción y el caos cambiario venezolano, una salida fácil para sus ganancias. El narcotráfico y el paramilitarismo encontraron condiciones ideales para asentarse. Hace falta mencionar otro estímulo para las actividades de los grupos armados: el contrabando de gasolina, cuyas ganancias y la facilidad con que se obtienen, son un botín muy valioso para quienes lo monopolicen. El rendimiento es elevadísimo, el producto tiene la ventaja de no ser una sustancia prohibida y el contrabando forma parte de una subcultura permisiva.

Hay otra razón por la cual el contrabando de gasolina es tolerado, y es obvia: tiene un apoyo social generalizado. Los propietarios de automotores en el lado colombiano se benefician del subsidio venezolano; la población pobre ha encontrado en la venta al detal (los “pimpineros”)

una fuente de subsistencia más rentable que los trabajos formales o informales a su alcance. Ganan por servir de intermediarios entre los mafiosos y los consumidores; los grandes transportadores reducen sus costos de operación; y lo más grave, las mafias que han monopolizado el contrabando ganan sumas enormes por la venta a los “pimpineros” (vendedores al detal) y por el transporte fraudulento al interior del país.

4. La violencia en la frontera: el papel de los Estados

A mediados de 2019 las noticias de la situación de la frontera no son alentadoras. No solamente no lo son en un sentido positivo, sino que son francamente negativas y con tendencia a empeorar. Los sucesos son escalofriantes. El 1 de junio, fue lanzada una cabeza humana en la entrada de una base de la guardia Nacional Bolivariana en el municipio de Ureña. La advertencia macabra iba dirigida por un grupo armado, presumiblemente el denominado “la Línea”, contra las autoridades venezolanas y contra los llamados “colectivos chavistas”, por el control de las trochas adyacentes al río Táchira, que son las vías de toda suerte de tráfico ilegales.

En la amalgama confusa de grupos delincuenciales en competencia feroz por el control de la gasolina, de las drogas ilegales, de los dólares apreciados para el intercambio en los mercados negros y de los “peajes” por el uso de las trochas para huir de Venezuela o para introducir provisiones de alimentos, medicinas, elementos de aseo y otros productos de primera necesidad, las disputas resueltas por medio de las armas son pan de cada día. Los paramilitares colombianos fueron desplazados por los colectivos chavistas, éstos por los “urabeños” reconstituidos, los que a su vez habían hecho replugar a los “rastros” en otro tiempo. Al fondo, omnipresentes, las guerrillas colombianas, el ELN y Los Pelusos (grupo nacido de las disidencias del EPL en el Catatumbo) principalmente, y la Guardia Nacional Bolivariana, con su larga tradición de manejos corruptos en la frontera.

Las noticias no pararon en los hechos del 1 de junio. Entre el 6 y el 17 de junio, se reportaron 3 casos más de desmembramientos de cuerpos humanos en el lado venezolano (Proyecto Migración Venezuela, 2019). El día 18 de junio se informó de enfrentamientos en La Boca de La Grita, con saldo de 12 muertos y 20 heridos. Un reporte de la cadena radial colombiana RCN dió cuenta de la existencia de 14 grupos armados en esa región fronteriza entre el Táchira y El Zulia en Venezuela, y el Norte de Santander en Colombia (EFE, 2019). La cuestión fuerte en la confrontación está en la competencia del cartel de Los Soles, así llamado por los generales venezolanos que supuestamente lo dirigen y el cartel de Sinaloa, mexicano, aliado con grupos de narcotraficantes colombianos. Como se puede deducir, hay una escalada del narcotráfico que trasciende las fronteras: Venezuela, Colombia, el triángulo norte centroamericano (Guatemala, Honduras y El Salvador) y México.

Esta pequeña muestra de un periodo corto da cuenta de una violencia que sólo puede entenderse a partir de las rentas extraordinarias que están en juego en los negocios ilegales de la frontera. La cocaína del Catatumbo y la gasolina, hacen del sector central una región de conflictividad sumamente confusa en cuanto a actores. El narcotráfico es multinacional y esos intereses se reflejan en la participación de los carteles mexicanos. La gasolina, es binacional y no cesará mientras no se equilibren los precios y cese el efecto “vasos comunicantes”.

En cada uno de los sectores de la frontera hay particularidades. Los niveles de violencia son cambiantes por sectores y el peso relativo de los agentes de ésta, también. Las guerrillas tienen más peso relativo en Arauca, donde el ELN ha sido fuerte por décadas. En el sector del Norte de Santander están presentes, pero son uno más entre muchos y en La Guajira están, pero sin el peso que tienen en los otros sectores. En cuanto a niveles de violencia y afectación de la población fronteriza, el sector de La Guajira tiene menor afectación que el sector central y el sector llanero. El de mayor afectación por grupos delincuenciales es el sector central (Zulia-Táchira y Norte de Santander) (Ávila, 2012, p. 17).

La historia de cómo se llegó a un deterioro del control estatal de la franja fronteriza es larga. Debe decirse que los dos factores causales,

coca y gasolina, tienen dinámicas diferentes. El primero pudo preverse en los años noventa, pero el conflicto interno colombiano no permitió convertir en prioridad la región del Catatumbo, a pesar de los avisos dados. El segundo, el de la gasolina, es casi inevitable. Desde hace décadas, el contrabando de gasolina ha sido la modalidad más importante de economía informal para la subsistencia de la población pobre de Cúcuta y su área metropolitana. La represión de la venta callejera es muy difícil de reprimir y hacerlo significaría una crisis social de proporciones.

En un principio, fue común que las poblaciones guajiras, cucuteña y araucanas, con circulación libre en la franja fronteriza, pasaran la línea para abastecer sus automotores en el lado venezolano. Cuando se implementó un control, exigir la comprobación de la nacionalidad venezolana para los conductores de los autos, en su mayoría comprados y matriculados en Venezuela, éste resultó débil por causa de la gran proporción de población con doble nacionalidad, especialmente en la frontera con mayor densidad de población, la del área de Cúcuta. Con el desbalance creciente de los precios, la gasolina venezolana comenzó a ser llevada al interior de Colombia y exigió un transporte masivo (en carrotaques) y modalidades de corrupción creciente de las autoridades aduaneras. Hoy, con la frontera cerrada y la inflación venezolana que reduce a casi cero el precio cobrado en Venezuela, el contrabando y la corrupción han llegado a sus cotas más elevadas.

5. Historia de un proceso de tráfico y violencias

Durante las últimas cuatro décadas el proceso ha crecido paulatinamente. De los contrabandos “folclóricos” consagrados por la costumbre, de los secuestros y extorsiones esporádicos de las guerrillas, se ha pasado a una competencia feroz por negocios de rentabilidad multimillonaria. En un comienzo, la preocupación se centró en las diferencias y en los incidentes causados por la violencia política, valga decir, la actividad de las guerrillas en la frontera y la afectación producida en Venezuela.

En el libro editado por la Fundación Arco Iris, que se ha citado ya, se transcribe lo siguiente:

Según un informe entregado al Congreso de la República por el entonces representante a la Cámara Manuel Ramiro Velásquez en donde detallaba los incidentes fronterizos provocados por autoridades militares venezolanas durante el período 1982-2000, fue en 1996 cuando se presentó el mayor número de hechos, con 23 reportes, cuando ejercía como presidente de Venezuela Rafael Caldera. (1994-1999)

Las autoridades venezolanas cada vez subían más el tono de voz, al pedir mayores controles del territorio colombiano. Mientras tanto el Gobierno colombiano trataba de sortear las exigencias, denunciando el uso de armamento y munición venezolana por parte de las guerrillas colombianas. Esta situación se convirtió en insostenible y llevó a funcionarios del Gobierno venezolano a solicitar públicamente la posibilidad de traspasar la frontera colombiana en persecución de las guerrillas cuando fuese necesario. Se acuñó por parte de las autoridades venezolanas la “persecución en caliente”, táctica que venía siendo aplicada sobre el terreno de manera reiterada, como fue demostrado en su momento por el parlamentario Velásquez, quien logró recopilar 99 casos de incidentes fronterizos en 18 años (1982-2000) que solo obtenían declaraciones de rechazo o notas de protesta por parte de la cancillería colombiana. Mientras tanto los campesinos y habitantes de las zonas rurales ubicados en la frontera recibían la crudeza de las intervenciones de las fuerzas venezolanas (Ávila, 2012, p. 224).

Fue tal la gravedad de estos hechos y el fortalecimiento de la presencia de las guerrillas a lo largo de la frontera, que avanzaron de manera rápida en la consolidación de territorios y su respectivo control, que más tarde de manera silenciosa funcionarios del Gobierno venezolano trataron de establecer contactos y diálogos con los grupos guerrilleros del ELN y las FARC-EP con el objetivo de detener el agravamiento de esta situación, y más tarde incluso contemplaron las posibilidades de avanzar en la realización de pactos de no agresión con estos grupos armados.

En el año de 1994 se encendieron las alarmas, al detectarse que en el Catatumbo comenzaban los cultivos de coca. Las mafias del narcotráfico, más veloces que el Estado, empezaron a operar en la frontera y en territorio venezolano. El contrabando tradicional sirvió de plataforma para uno nuevo y altamente delincuencial. La cocaína encontró rutas nuevas por Venezuela, cuando las rutas colombianas ya eran muy conocidas y más vigiladas. El lavado de activos y de monedas se facilitó por la mayor libertad de cambios existente en Venezuela. Las redes de corrupción aduanera ya estaban consolidadas. Todo fue fácil por un corto tiempo. Para ilustrar con ejemplos, vale la pena volver al texto citado de la Fundación Arco Iris:

Esta situación se hizo evidente cuando a mediados de 1997 fue detenido en territorio tachirenses el reconocido capo colombiano del narcotráfico Justo Pastor Perafán, quien había trasladado sus operaciones delictivas a esta zona del país como forma de eludir la persecución de las autoridades judiciales colombianas. Las mafias de Cali y Norte del Valle tienen presencia en Venezuela desde 1995, es decir, esta presencia no se inicia con alias “Jabón”. (Ávila, 2012, p. 229)

Como se expresó, fue fácil al principio. Pero la subcultura de las mafias no puede evitar las señales aparatosas de su presencia. El origen de clase social de los mafiosos importa muchas necesidades de ostentación y aprobación. Su presencia en una región o en una ciudad, no es difícil de detectar dadas sus costumbres de exhibición de riqueza y de poder. Pronto las autoridades tomaron cartas en el asunto y, en lugar de actividad inadvertida, se tornó en actividad perseguida, con todo lo que esto significa en violencia y corrupción aumentadas. Pronto llegó un acompañante pertinaz del narcotráfico: el paramilitarismo.

En 1999, el grupo paramilitar comandado por Salvatore Mancuso llegó para tomar el control del Catatumbo. Rápidamente, los paramilitares tomaron el manejo del negocio y si bien no eliminaron al Frente 33 de las FARC-EP, lo hicieron retroceder a la parte norte, hacia el cerro de Bobalí, alejados de la zona cocalera más productiva y poblada. Los paramilitares de Mancuso subordinaron a todos los grupos

armados delincuenciales presentes en el área y lo hicieron con sus métodos conocidos: expeditos y crueles. Con la hegemonía establecida, el área sembrada aumentó y los contrabandos tradicionales aumentaron: gasolina y cemento venezolano para el proceso de la base de coca. La frontera facilitó el lavado de dólares, el tráfico de armas y el transporte de la cocaína por el área del Zulia. Todas las actividades relacionadas con la cadena del narcotráfico fueron monopolizadas o controladas por las AUC.

Los paramilitares impusieron precios y se convirtieron en el único comprador de la base de coca y de la cocaína procesada. El terror se encargó de afianzar el monopolio. Cúcuta se convirtió en un lugar de residencia para vinculados al narcotráfico y de inversión de capitales. La crisis fronteriza de hoy ha detenido o dificultado parcialmente los negocios, pero la ciudad mantiene unos índices de criminalidad elevados y en sus vecindades operan toda suerte de grupos delincuenciales. Algo interesante, es constatar que los tipos delincuenciales cambiaron. El secuestro, típico de las guerrillas disminuyó y aumentó el desplazamiento de población. El terror no se detuvo con la desmovilización de las AUC. Los negocios de la economía “subterránea” siempre atraen a los delincuentes audaces y hoy, los municipios de la provincia de Ocaña que tienen jurisdicción sobre la planicie del Catatumbo viven una oleada de violencias de todo tipo.

Si se comparan las tasas de homicidio de la época, la del período de la llegada de las AUC al Norte de Santander, se nota que la ciudad de Cúcuta comienza a aparecer entre las de mayor tasa de homicidio. La mortalidad por homicidio en los municipios tuvo un comportamiento heterogéneo. “Mientras que entre 1998 y 2002-2004, el número de muertes en Medellín, Cali y Cúcuta se incrementaba, en Bogotá y Pereira se reducía de forma paulatina” (Chaparro, 2016). A caballo entre los dos siglos, Cúcuta ingresó a la categoría de ciudad violenta.

Otro ranking poco deseable para una sociedad es la corrupción que producen las actividades ilegales de rentas extraordinarias. El contrabando que siempre visto como “normal” en la frontera, preparó el ambiente para una corrupción generalizada. El dinero no se escatima, es

uno de los costos del negocio, para comprar autoridades de todos los niveles y asegurar la no represión y la impunidad para las actividades en toda la cadena del negocio, desde la producción hasta la exportación y la complicidad de instituciones estatales con los grupos armados que “regulan” las comunidades y protegen el negocio de la competencia. Así en La Guajira, el Norte de Santander y en Arauca.

Sobre el particular, vale anotar que las AUC entraron en contacto con sectores de la oposición venezolana al régimen de Chávez y establecieron apoyos en ese país. Sobre la dimensión de estos contactos y apoyos, y sobre las acciones contra el régimen chavista, hay mucha controversia. Es probable que los intentos desestabilizadores no tuvieran el alcance que les atribuye el gobierno venezolano, pero tampoco es creíble que se hubieran abstenido de actuar en connivencia con grupos opositores. De lo que dan cuenta los pobladores de la frontera, en particular en el área municipal de Villa Rosario en el Norte de Santander, es de entrenamiento a opositores venezolanos en las vecindades de la vereda de Juan Frío. En el área rural del sur del Estado Zulia; hubo, ciertamente, presencia paramilitar pero no se puede discriminar claramente entre actividades de protección del negocio ilegal y actividades de entidad política o de mezcla de ambas. Lo cierto es que, también entraron en contacto con sectores gubernamentales venezolanos para el despacho de cargamentos de cocaína por vías aéreas y marítimas, desde territorios venezolanos. El carácter encubierto de todo este entramado, confuso y contradictorio, exige modalidades de investigación propias de los servicios de inteligencia estatales.

Otra consecuencia negativa de la expansión del narcotráfico y actividades colaterales fue el desplazamiento de poblaciones. Se observa que el aumento en el número de desplazados que se da durante 1997-2002 coincide a su vez con la llegada de la expansión paramilitar al departamento. Una vez consolidado el dominio paramilitar en el área, disminuye el desplazamiento. Esto es normal en los conflictos armados: la mayor violencia contra las comunidades se da cuando el territorio está en disputa. Cuando se establece un único grupo dominante, la violencia se limita a homicidios selectivos para “mantener el orden establecido”.

Para volver a una de las mejores fuentes de información, el ya citado continuamente informe de la Fundación Arco Iris vale la pena transcribir el párrafo siguiente:

Por el otro lado, a partir de su llegada tomaron el control del circuito del narcotráfico y este adquirió entonces dimensiones empresariales. Organizaron a los cultivadores y crearon verdaderas redes y centros de acopio. Convirtieron zonas del área metropolitana de Cúcuta en lugares vedados para su uso productivo y para el tránsito de personas o vehículos, pues los dedicaron a la transformación de la pasta de coca. Además, diseñaron nuevas formas de transportar la pasta y crearon nuevas rutas de exportación. También ampliaron sus aliados vinculando a funcionarios públicos colombianos. Todo el proceso era garantizado en términos de protección y seguridad. (Ávila, 2012, p. 232)

Más adelante, el mismo texto describe el área controlada:

Organizaron un negocio que hasta 1999 se presentaba con ciertos niveles de anarquía, sobre todo en su parte final, es decir el de la comercialización. Penetraron principalmente por los estados Zulia y Táchira, utilizando las rutas del municipio de Puerto Santander en Colombia que conectan el Puente Internacional Francisco de Paula Santander con la localidad de Boca de Grita y Orope en Venezuela, así como las rutas desde el municipio de Puerto Santander-Machiques-Maracaibo, Puerto Santander-La Fría-San Cristóbal, Cúcuta-Ureña-San Cristóbal, y Cúcuta-San Antonio-San Cristóbal". (Ávila, 2012, p. 233)

En las regiones de Arauca y La Guajira, el proceso tuvo diferencias por una razón: la correlación de fuerzas entre Estado, guerrillas y paramilitares ha sido distinta. En el Norte de Santander, como se anotó antes, las FARC-EP se replegaron a la zona menos colonizada del Catatumbo, y dejaron el campo a las AUC en los cultivos de coca. En La Guajira hay una presencia muy fuerte de las Fuerzas Militares y menos de la guerrilla y de otros grupos armados. En Arauca la guerrilla y el Estado han librado una lucha larguísima por décadas y la presencia paramilitar ha tendido a disminuir en el siglo XXI.

6. La amenaza convencional. Los escenarios de la frontera en conflicto

Una barrera grande contra la idea de una guerra entre Colombia y Venezuela es la que supone el territorio donde sería librada. La larguísima frontera entre los dos países tiene 2219 kilómetros de longitud. A lo largo de esa frontera se alternan una variedad notable de escenarios geográficos que pueden ser agrupados en tres principales: la llanura desértica de La Guajira (el tramo más corto) la zona montañosa andina que discurre desde los montes de Oca hasta el pie de monte llanero donde mueren las estribaciones del nudo de Santurbán y la llanura orinoquense que comparten los dos países. Al sur hay una corta extensión de la vertiente del Amazonas, pero para efectos prácticos, es parte del tercer escenario mencionado.

Los territorios de Colombia y Venezuela tienen continuidad en la mayor parte de la frontera. La llanura orinoquense va desde las estribaciones de la cordillera oriental colombiana hasta el mismo delta del río Orinoco, en los confines orientales de Venezuela. La Amazonia es igualmente continua hasta encontrar la región guayanesa, amazónica también, pero con características morfológicas y climáticas diferentes. La cordillera andina, en este caso la cordillera oriental colombiana, va de sur a nororiente, desde el nudo de Santurbán hasta las costas caribeñas en el centro-oriente venezolano. Solamente la llanura caribe está separada por el ramal de la cordillera oriental andina que discurre al norte desde el departamento colombiano de La Guajira, hasta el Norte de Santander, para marcar la frontera entre los dos países desde el valle del río Intermedio hasta los Montes de Oca en las cercanías del mar Caribe. Entre éstos y el mar queda el tramo corto que le da continuidad a la región guajira entre la Sierra Nevada de Santa Marta y el lago de Maracaibo.

Las tres regiones dan origen también a similitudes sociales. Los llaneros de Colombia y Venezuela tienen lazos comunes e identidades profundamente relacionadas. Cuando se usa el gentilicio “llanero” se sobreentiende que engloba a colombianos y venezolanos, allá y acá del Arauca,

del Meta y del Orinoco. La frontera andina es rica en historias comunes y lazos económicos desde la época de la conquista española y se han prolongado a través de la colonia y la república hasta el día de hoy. Las serranías de Los Motilones y del Perijá, escarpadas, boscosas y abruptas producen una interrupción del intercambio humano, pero al norte los indígenas wayúu o guajiros se mueven a través de sus territorios ancestrales a lado y lado de las fronteras nacionales y los intercambios económicos y de población entre el caribe colombiano y la región zuliana en Venezuela, han sido intensos. Es pues, una frontera muy viva y tan interrelacionada, que, como ya se mencionó con anterioridad, se la llama “el tercer país” para subrayar la profundidad de los lazos que unen a los pueblos fronterizos, los más fuertes de todas las fronteras latinoamericanas.

En el caso de un enfrentamiento armado en toda regla entre los dos Estados, la geografía hace muy predecible la estrategia. Parece irónico que así sea en una frontera tres veces más larga que el frente occidental de la primera guerra mundial. Pero el relieve impone su lógica y las condiciones de los dos Estados para movilizar y sostener fuerzas, también. No sería posible una guerra de frente continuo a lo largo de los límites terrestres y los medios modernos de movilidad sólo podrían ser utilizados en sectores específicos de los mismos. El clima también dicta su ley. En las llanuras, tanto la del desierto caribe como la orinoquense, la alternación de los regímenes de lluvia y sequía limitan las posibilidades de la maniobra con elementos motorizados en buena parte del año.

La zona norte propicia para maniobras rápidas es La Guajira. Allí, desde el hito Matajuna al norte, hasta el Alto del Cedro al sur, discurre una geodésica que marca la frontera entre los dos países. El carácter de la línea fronteriza, una recta entre dos hitos, indica que se trata de una llanura sin accidentes geográficos mayores. Es este el escenario donde sería posible un ataque blindado y mecanizado contra el territorio colombiano, en la línea Maracaibo - Maicao - Riohacha. La península de La Guajira sería también un teatro posible para maniobras de asalto anfibio. Esta última posibilidad tampoco implica muchas sorpresas porque la concreción de un desembarco está sujeta a los gradientes de las costas que permitan la operación de los buques de asalto.

El clima hace difícil la operación de fuerzas móviles entre agosto y diciembre. Parte del área de un avance probable estaría negado (por lo menos la haría difícil) para una progresión con equipos pesados, por causa de las lluvias e inundaciones. El primer semestre, en cambio, es ideal para un despliegue móvil. Pero en una guerra, el avance por el desierto guajiro estaría “cantado”, sería fácilmente previsto y por supuesto las maniobras defensivas estarían planeadas para retardarlo, detenerlo y contraatacar. En el resto de la frontera no hay áreas que puedan replicar las condiciones del teatro del norte.

En la zona central, la que va desde los montes de Oca hasta el piedemonte llanero de Arauca, un conflicto tomaría una forma distinta. El terreno no favorece la movilidad, las montañas predominan, y solamente en las llanuras del Zulia - Catatumbo se puede dar un avance con medios modernos, pero limitado. La posibilidad de un avance, en, por ejemplo, la línea La Fría -Puerto Santander- Sardinata, llegaría muy pronto a las estribaciones de la Cordillera Oriental de los Andes, donde se frenaría. Y se frenaría porque la infraestructura vial, además de no ser densa, es de carreteras de montaña, cuyo bloqueo es muy sencillo. Envolver a Cúcuta no sería fácil, acceder a Pamplona prácticamente imposible y penetrar al interior colombiano, “obra de romanos”. La experiencia de combate contraguerrillero del ejército colombiano, le da ventajas muy grandes en terrenos montañosos. Es un ejército acostumbrado a permanecer en largos periodos de patrullaje por terrenos difíciles, con una logística descentralizada y con una tropa fogueada en combate real. En alta montaña, cuenta con tropas especializadas y equipo adecuada al medio, en una magnitud que supera a cualquier otra fuerza en Latinoamérica. La ventaja táctica del defensor es todavía mayor por las características de unas montañas muy escarpadas y por las propias de una red de carreteras cuyos tramos constituyen verdaderos “atolladeros” para una maniobra ofensiva. En las montañas reina todavía la infantería. El uso de helicópteros está limitado por el estado del tiempo que se tenga en cada caso y por la existencia de áreas propicias para desembarcos de tropas y equipos (con frecuencia escasas).

En el escenario llanero tampoco son fáciles las cosas para un atacante. El terreno plano podría suponer para quien sólo mire el mapa, un

escenario propicio para un avance mecanizado. Pero la realidad es otra. Es un área con poca infraestructura, cruzada por ríos e innumerables “caños” de agua, que son obstáculos naturales para el despliegue de una fuerza motorizada. Nuevamente, un ejército experimentado en guerra irregular tendría la ventaja. Un intento de penetración se puede desorganizar muy pronto, la logística del ofensor se haría difícil y el apoyo aéreo, aún en condiciones de superioridad, se diluiría en las grandes llanuras contra un defensor elusivo, difícil de localizar, que combate de manera heterodoxa y conoce cada palmo del llano. En Arauca, el escenario más posible o en el Vichada, más compleja todavía para el ofensor, una penetración no tiene “agarre” fácil a pesar de los medios de movilidad que se le destinen.

Los escenarios venezolanos enfrentados a los descritos son bastante simétricos: al norte de la frontera, en el occidente venezolano, está la depresión lacustre de Maracaibo, vecina al desierto de La Guajira; al centro, los Andes venezolanos coronados por la Sierra Nevada de Mérida; al sur, la otra depresión de los flancos de la cordillera, la anegadiza del Bajo Llano. La frontera discurre entre paisajes similares a cada lado: los espinares litorales al norte, las zonas de selva (bastante colonizadas ya) de las estribaciones de la Serranía del Perijá y de la llanura del Catatumbo, la montaña andina y los llanos comunes de Colombia y Venezuela. Una descripción más detallada ayuda a entender lo formulado en las páginas anteriores:

Escenario No. 1. Península de La Guajira

El frente más probable de avance sobre Colombia sería una línea comprendida entre el hito Matajuna, al norte, y el hito del Alto del Cedro, al sur. Las líneas de penetración serían, primero que todo, el eje Paraguachón-Maicao-Riohacha para cortar en dos La Guajira. Otras posibilidades serían el eje Cerro de la Teta-Uribia-Manaure, y desde Uribia al sur para una maniobra de convergencia sobre Riohacha. La posibilidad de un giro al norte, a el Puerto Bolívar es poco probable, porque sería desviar fuerzas para un lugar donde estarían, en términos

estratégicos, en medio de la nada y útiles para nada. De todas maneras, la actividad económica, principalmente la carbonífera se paralizaría con un conflicto en La Guajira. Otro eje sería el conformado por la línea Majayura-Carraipía-Cuestecita-Albania-El Cerrejón-Barrancas. No se puede descartar un avance frontal sobre El Cerrejón, desde la parte más baja de los Montes de Oca al sur del Alto del Cedro, bien para acompañar un esfuerzo principal más al norte o como avance principal al sur, hacia Fonseca y el norte del departamento de Cesar. En todo caso, las estribaciones de la Sierra Nevada de Santa Marta, obligara a una primera decisión: avanzar sobre la línea costera en el eje Riohacha-Dibulla-Santa Marta, o tomar hacia el sur en dirección a Valledupar. La primera tendría sentido si hicieran un avance muy rápido, de sorpresa total para llegar a las áreas portuarias colombianas del Caribe. La segunda para envolver parte del área andina que en otras circunstancias les sería negada (la de un avance sobre la cordillera desde el sur del Zulia o desde el Táchira). La rentabilidad estratégica aconsejaría la primera como esfuerzo principal y la segunda como diversión. Pero la geografía impone su lógica: la presencia de la Sierra Nevada no permite la protección cómoda de los flancos. El defensor acostumbrado a despliegues flexibles podría fácilmente atacar los flancos de líneas sobre extendidas en ambos casos. La logística, además, se puede volver una pesadilla para el atacante. La geografía no permite pensar en algo así como el plan Schlieffen de Alemania al comienzo de la Primera Guerra Mundial.

Pero no solamente la geografía se interpone. Ningún país latinoamericano tiene capacidad para mover masas grandes de tropas que les permitan avanzar, controlar territorios, proteger retaguardias y flancos. El problema es de clase mayor. Mucho menos hacerlo en combate contra fuerzas bien entrenadas para combatir en enjambres autónomos, para sobrevivir sobre el terreno aún en condiciones de incomunicación y con la ventaja adicional de contar con el apoyo de la población.

En el caso del escenario norte, la Sierra Nevada de Santa Marta puede esconder fuerzas que operen hacia el mar y fuerzas que operen hacia el oriente con la Serranía del Perijá como yunque. El atacante difícilmente podría penetrar en la Sierra. Su superioridad en mecanización poco le

serviría y el apoyo aéreo táctico es inútil por la imposibilidad de definir blancos.

Una maniobra de aproximación a través de la Serranía del Perijá no es pensable. No lograría sorpresa alguna, sería una marcha lenta, a pie, con problemas formidables para el abastecimiento de tropas. De tal manera que un ataque en el norte estaría condenado al escenario guajiro. De otra manera, el atacante estaría renunciando a sus ventajas de equipo, armamento pesado y movilidad, para combatir, en cambio, en el medio favorable al defensor.

Otra consideración que debe hacerse es como La Guajira en sus áreas planas desérticas o semidesérticas, no es indefendible. El supuesto de un ataque con fuerzas blindadas no implica que sea imparable. El tanque es un arma formidable cuando se usa en masa. En estos casos puede agotar los medios de defensa antitanque. A su vez, las armas antitanque modernas son muy efectivas y los tanques tienen que entrar en una carrera de diseños de protección que no siempre logran ganar. Un tanque medio como el T-72B de origen ruso no es invulnerable. Noventa tanques no constituyen una masa que rebase los medios antitanque posibles. Los sistemas actuales de armas antitanque pueden dar cuenta de una fuerza del tamaño esperado. Es cuestión de previsión, además, es más barato tener una defensa antitanque densa y escalonada, que una fuerza blindada de gran tamaño. Desde luego, esto depende no sólo del costo. También de las estrategias de un Estado. Si la estrategia es disuasiva, no ofensiva, el costo es una variable importante. La estrategia colombiana no es ofensiva, y difícilmente puede serlo, a menos que se use el ataque como defensa ante un peligro inminente.

Ahora bien, si el defensor cuenta con fuerzas blindadas y más todavía, si éstas son de mayor calidad que las del atacante, la defensa será más fuerte. El punto que se quiere reiterar es que no existe fatalidad alguna, algo así como una imposibilidad de defender La Guajira en caso de un ataque con componentes blindados y mecanizados de importancia. La defensa puede establecerse mediante obstáculos antitanque que obliguen al atacante a utilizar extensamente elementos de ingeniería militar, los que a su vez delatan los puntos de paso y hacen que las fuerzas

móviles al concentrarse sean más vulnerables al fuego defensivo. La concentración de medios del atacante en unos pocos lugares es debilidad, en tanto que la concentración de medios defensivos es fortaleza. El defensor puede también, y la experiencia de contraguerrilla es favorable, dejar fuerzas tras las líneas enemigas capaces de hostigar el avance de la infantería y dejar a los blindados sin apoyos para continuar la marcha.

El defensor tiene muchas llaves en sus manos. Para Clausewitz, la defensa es la forma más fuerte de la guerra y de la experiencia universal se tienen referencias serias para sustentar el punto. Basta decir, para el análisis del escenario guajiرو, que la defensa de la península es posible y que, si el ataque enemigo prospera, muy pronto se vería en serios problemas para conservar sus líneas y estaría expuesto a contraataques en sus flancos de manera permanente. Una vez que pierda ímpetu el avance, la ventaja pasa al defensor y las posibilidades de un contraataque devastador serían muy grandes. Maracaibo está más expuesta que Santa Marta, para decirlo en términos sencillos.

Escenario No. 2. Las Montañas Andinas

El escenario andino es radicalmente distinto al escenario guajiرو. En las montañas que van desde los Montes de Oca hasta el área de piedemonte llanero donde el río Arauca ingresa a la Llanura Oriental, la lucha hipotética queda en manos del soldado de infantería. Allí no hay espacio para maniobrar con fuerzas mecanizadas. La ventaja en este escenario es colombiana. Por décadas, el soldado colombiano ha patrullado un territorio difícil, escarpado, extremadamente variado. Las exigencias de la confrontación interna llevaron a la creación de unidades de alta montaña, que en su especialidad son las mayores de América. El Ejército Colombiano tuvo que adaptar, por fuerza de las circunstancias, su movilidad y su logística a ese deambular por las montañas.

Es una fuerza acostumbrada al lento y cuidadoso escrutinio del terreno, donde lo puede esperar la emboscada o el campo minado. Conoce el medio, sabe el valor defensivo de cada pequeño accidente del suelo, es experto en mimetizarse y en permanecer invisible por períodos largos.

Un ataque a través de las montañas orientales no sería una decisión estratégica digna de considerar. No sólo sería contenido el ataque, sino que dejaría inmovilizados a los invasores y expuestos a que el reino de la táctica, que señorea las montañas, acabe por arrollarlos en una sucesión de contraataques difíciles de anticipar.

A lo largo del cordón montañoso hay algunos lugares que podrían permitir maniobras de avance limitadas, como la llanura del Catatumbo, pero la geografía las limita. Muy pronto encontrarían el medio quebrado y fragoroso donde el defensor las tiene todas a su favor para cerrarle paso a un invasor, para desorganizar sus líneas y paralizarlo como fuerza operativa.

Escenario No. 3. Los Llanos Orientales

Nuevamente el medio físico es determinante. Una guerra en los Llanos Orientales sería, por fuerza, fluida y dispersa. Pero las maniobras tenderían a cobrar un matiz primitivo. Una cosa muestra el mapa, una llanura casi homogénea, aparentemente ideal para maniobras con fuerzas de movilidad elevada. Otra cosa es la realidad del terreno.

Winston Churchill dijo alguna vez que muchas guerras se habían desatado porque los dirigentes habían estudiado mapas de escala pequeña. La realidad de las llanuras de la Orinoquia es contraria a la posibilidad de avances audaces y veloces. Es difícil que en este escenario un ataque tenga “agarre”. Los llanos tienen muchos ríos, muchos “caños”, terrenos anegadizos (en sumo grado durante la temporada de lluvias) infraestructura simultáneamente débil y vulnerable. El territorio es inmenso y el defensor, también en este caso, ha estado allí por décadas combatiendo a la guerrilla. La guerra asumiría el carácter de la guerrillera, con grupos pequeños y dispersos de combatientes. No hay lugar para grandes unidades de maniobra porque no es posible asegurar una logística apropiada para grandes tamaños. Solamente se podría pensar en un avance rápido por la línea Saravena-Fortul-Tame, pero, lo mismo que en el caso de La Guajira, la vecindad de la Cordillera Oriental que corre en paralelo al occidente obligaría a la continuación por la misma línea,

con todo lo que esto significa en vulnerabilidad, porque sería una fuerza atacante expuesta a los ataques de flanco continuos y a la negación sistemática de la vía que comunica la frontera con el interior colombiano.

Conclusión

Las consideraciones anteriores son pura especulación. Un conflicto, aún en las dificultades actuales que tienen los dos Estados, es altamente improbable. En primer lugar, el costo de un conflicto convencional es casi impagable hoy en día. Si se diera pronto asumiría características de estancamiento o de lentitud extrema en las operaciones. Tampoco hay sustento racional para estimar que puedan darse ventajas de algún tipo para los contendores. Para uno y otro Estado, es muy poco lo que se pueda ganar, y tampoco es seguro que ese “poco” lo permita la comunidad internacional. Los resultados serían nefastos para los dos pueblos, cuyo mejor destino, probado por dos siglos de convivencia, es la cercanía y la colaboración.